



Angel M.ª de Lera y Ramón Hernández, participando juntos en un coloquio sobre literatura.

# CASTILLA Y LA MANCHA EN ANGEL MARIA DE LERA

En Baides, pequeño apeadero de una línea férrea que estaba ya trazada en la predestinación que escriben las estrellas, en la castellana provincia de Guadalajara, un cabalístico día séptimo del florido mayo del año 1912, nació el que llegaría a ser uno de los novelistas españoles más característicos de la generación que se dio a conocer poco después de la guerra civil española, esa hecatombe que el mismo Lera padeció en su cuerpo y en su alma como infernal estigma de algo que no debería repetirse en ningún lugar del mundo.

Y hemos dicho cabalístico día séptimo porque Angel María, signado por el zodiacal arco iris de la primavera, que le otorgó su proverbial entusiasmo juvenil, su fervor por la existencia y su afán fraternalista, es-

tuvo siempre señalado por el número siete, guarismo que surgiría misteriosamente en los momentos cruciales de su existencia como hombre y como escritor. Así, en el año 1927 muere su padre. El 27 de abril de 1939 es detenido. En el año 1947 obtiene la ansiada libertad definitiva, tras el largo e inquietante cautiverio en el que fue indultado de la pena capital. En 1957 publica «Los Olvidados», su primera novela. En 1967 consigue la consagración popular al ser galardonado con el Premio Planeta por su novela «Las Últimas Banderas». En 1971 es nombrado Presidente de la Mutualidad de Escritores, que él mismo fundó. Y, por último, un fatal mes séptimo, julio de 1984, muere.

Por su sangre corría esa im-

pronta hidalga que forja el tiempo, a la par que toda una suerte de diversas connotaciones sociales y religiosas que harían de él un hombre enraizado, pero siempre ciudadano del mundo. Su padre, Angel Julio de Lera y Buesa, médico rural en Baides, viene de tierras altas de La Rioja Alavesa y sólo el azar le trae a Castilla. Liberal e idealista recordaba a los personajes salidos de las páginas de Cronin. Su madre, María Cristina García, era delicada y sensible, sencilla, abnegada y católica, rubia. De su sensibilidad y adhesión al Arte y al Humanismo es posible inferir que heredara Angel María su vocación de escritor. Pero, con todo, permítansenos decir que, aún siendo breve y fortuita la estancia en Baides fue, sin embargo, como un bautismo ontoló-